

El enfriamiento literario seguía al enfrentamiento político y moral. El genio de Israel parece extinguido. La antigua lengua hebraica iba cayendo en desuso, sustituyéndola el arameo, idioma común del Oriente, que tendía a suprimir el antiguo tipo de habla semítica, superior en fuerza y belleza literaria. En Jerusalén, sólo los *soferim* utilizaban el hebreo, aprendido en los textos como lengua clásica, pero entendían mal tales textos. Los copistas tampoco entendían bien lo que copiaban, de manera que la exégesis de los antiguos libros hebreos llegó a ser deplorable, a lo menos en las partes poéticas. Las creencias mesiánicas, que se alimentaban de oscuridades, encontraron en esto rico alimento, y al desarrollarse, todo pasaje oscuro se reputó mesiánico.

Las antiguas historias, aparte de la *Thora*, se leían poco. Los Libros de los Jueces, de Samuel y de los Reyes existían tales como los poseemos; pero se conservaban aún los anales más extensos de los reyes de Judá y de Israel. Un levita del templo de Jerusalén intentó, a últimos de la monarquía persa, hacer una nueva historia sagrada con los libros históricos que poseía, completándolos con las leyendas proféticas y continuándolos con los documentos que guardaba sobre Zorobabel, Esdras y Nehemías. El autor, muy cuidadoso del culto, quiere que las instituciones musicales y litúrgicas del segundo templo existieran ya en tiempo de David y Salomón.

El autor de las *Crónicas* posee un espíritu de los más estrechos, y sus procedimientos intelectuales son de los más mezquinos: Ningún escritor ha esparcido más errores por el mundo que este desdichado recopilador. Con frecuencia cae en faltas voluntarias, para servir al amor propio del celo nacional. Algunos relatos son de su invención y huelen a fanático, a parroquiano de un templo. Especialmente, es implacable para los que quieren mermar los derechos del levita.

La credulidad y el amor a la exageración de este autor sobrepasan todos los límites. El carácter de David está tan transformado, que en lugar de ser el jefe astuto, el *condottiere* atrevido, el soberano hábil, es el rey devoto, sólo ocupado de sacerdotes, levitas y cantores. Las *Crónicas* son una obra exclusivamente levítica, cuyo objeto principal es el culto. Es la Historia escrita por un sacristán. Estos frutos de la decadencia literaria de Israel están todos sellados por un gran agotamiento. El hebreo ha dicho su última palabra, cuando la Grecia hace sus obras maestras. La única literatura que continúa con buen éxito es la de los salmos, pero esta colección, que ha sido como el alimento primero del cual vivió el cristianismo en germen, no tenía unidad alguna. Se cantaban los salmos, se escribían poco, se leían menos y no se los citaba nunca. Había ya indudablemente colecciones de salmos, pero seguramente la de 150 composiciones que poseemos no estaba cerrada todavía. Cada día nacían himnos nuevos, cantados mucho antes de ser escritos.

David era considerado como el gran corega ideal del culto de Jehová. El antiguo bandido de Siceleg aparecía como un salmista de profesión y se le atribuían todos los poemitas de aquella clase que producía la piedad de los levitas, así como se atribuían a Salomón todos los libros parabólicos y sapienciales. También se iba creyendo que Moisés era el autor de todo el *Pentateuco*.

Se había perdido el auténtico sentido de la Historia. No había empeño en mantener ordenadamente la serie de los acontecimientos. La novela judía con sus máquinas literarias convenidas, sus composiciones obligadas (oraciones, cánticos, etc.), nacía de las nuevas condiciones del mundo judío. Se empleaba la forma de *Memorias* personales, incluso para figuras que nada de histórico tenían.

La Biblia, desde el año 400 aproximadamente, se compone de dos series cerradas, a cada una de las cuales nada se puede añadir: la *Thora* y los *Nebiim*. Otra serie queda abierta, la de los *Ketubim* o Hagiógrafos. Allí estaban los Proverbios, Job, el Cántico, las Lamentaciones y quizá los Salmos.

Entonces se copiaba más que en otras épocas, y al copiar se alteraba. La escritura era mala. Los libros de Esdras, de Nehemías y de los Salmos están llenos de errores, y sólo una atenta paleografía puede dar la clave de los enigmas que se presentan casi en cada línea.

La abundancia del arameo en el lenguaje vulgar hizo pronto necesario el uso de traducir la Ley al arameo, cuando se leía públicamente. Parece que durante mucho tiempo estas traducciones fueron orales: el doctor las improvisaba según su sentir. Más adelante, cuando las sinagogas empezaron a desarrollarse, se escribieron los *Targum* caldeos. La Biblia sabida de memoria fue en lengua aramea.